

PERSONAJE DEL AÑO
El votante desconocido

BALANCE NOTICIOSO

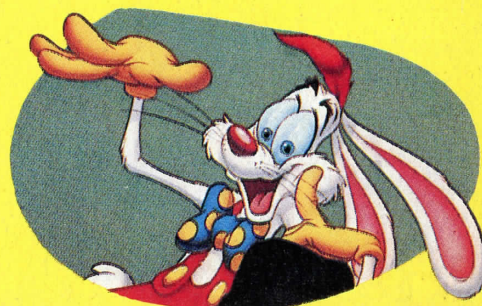
La vida política: todo giró en torno al plebiscito

Lo que fue la Economía y lo que se espera para el 89

Lo que pasó en la Cultura: un libro para recordar

Internacional: lo bueno y lo malo de los doce meses

IMAGENES DEL



POLITICA

El año del plebiscito

Observadores quedaron estupefactos por el entusiasmo cívico

POR ALEJANDRO GUILLIER

□ Cuando los cronistas consignen los hechos que marcaron esta época, no encontrarán un dato más relevante que la jornada electoral del 5 de octubre.

Siete millones 300 mil chilenos empuñaron el lápiz grafito y fueron a las urnas.

Les bastaron nueve horas para reencontrarse con su historia. A la hora del balance, parece claro que pudo más la voluntad del pueblo que los diseños tácticos de las cúpulas políticas o el poder intimidatorio de la maquinaria electoral montada por el régimen con todos los recursos del Estado.

El mundo aplaudió el 5 de octubre como un hito. *Diario 16*, de España, editorializó que esas 24 horas pasaron a los "anales de la esperanza en la condición humana".

Pero los pasos posteriores han sido lentos.

Los partidos se han volcado a su interior para auscultar las voluntades, redefinir estrategias y encarar un nuevo peligro: de aprobarse el proyecto de ley que establece el Sistema Electoral, la mayoría de los partidos políticos no podrá sobrevivir.

Esos son algunos de los tropezones en el tránsito hacia la democracia. El camino deberá despejarse antes de 30 días. Si a fines de enero no hay humo blanco para el candidato único de la oposición y una definición de las alianzas electorales, quizás los ecos del 5 de octubre comiencen a opacarse, acaso decisivamente.

• Hecho clave: la unidad

¿Cómo se gestó el triunfo opositor?

La pequeña historia comenzó a escribirse el 3 de noviembre de 1987, en Talca.

El Presidente Augusto Pinochet notificó ahí que el plebiscito "será un día de éstos" y aseguró: "Vamos a arrasar". Cuando el desconcierto opositor era visible, la Junta de Gobierno hizo sentir su voz. No habría sorpresas y dio una pista; el plebiscito será entre el 11 de setiembre y el 12 de diciembre. No antes.

Aunque fue torpedeada la sorpresa de verano del general Pinochet, la oposición se sintió acica-

teada: o apuraba el trote o el general Pinochet podía seguir en el poder por otros ocho años.

En enero acordó trabajar por el No en el plebiscito.

La fórmula obligó a la Izquierda a acelerar su definición: hasta entonces venía pasando sigilosamente de un No *al* plebiscito, a un No a Pinochet *en el* plebiscito. El Centro político debió desahuciar la Campaña por las Elecciones Libres. El PC emitió señales confusas. Votar No en el plebiscito —expresó— es algo "que objetivamente divide hoy a la oposición".

El 2 de febrero saltó la liebre.

Catorce partidos —luego se sumaron otros dos— acordaron trabajar unidos para derrotar la pretensión continuista del régimen. El campo estaba definido: sería una batalla electoral. También las armas: los votos.

Convencer a una ciudadanía todavía recelosa de la conveniencia de inscribirse en los Registros Electorales y diseñar un mecanismo para fiscalizar el referendo fueron, a partir de ese momento, las dos tareas prioritarias.

La Conferencia Episcopal había precisado, en agosto, los requisitos de un plebiscito "legítimo", en el documento "Al Servicio de la Paz": participación electoral representativa; acceso igualitario a la TV; ausencia de coacciones a los votantes; y un sistema verificable de conteo de los votos. A través de la Cruzada por la Participación Ciudadana, la Iglesia Católica puso otro grano de arena. Fue el ABC electoral de la oposición.

El candidato llega a votar: después vendría la frustración



MARCO UGARTE

De Washington llegó un mensaje más. El Presidente Ronald Reagan pidió plenas garantías y libertad para la consulta. De elegir libremente a sus autoridades —dijo en diciembre de 1987— "Chile ocupará nuevamente su legítimo sitio en la comunidad de naciones democráticas". De Europa llegaron voces en esa misma línea.

El mundo no toleraría "sorpresas". Con todo, la batalla debía ganarse adentro. Con esa certeza los 16 partidos y las organizaciones sociales comenzaron su labor.

El trabajo fue arduo.

En julio se había alcanzado la meta de inscribir seis y medio millones de electores. Pero el objetivo no estaba logrado en los centros urbanos, puntos fuertes de la oposición. Y, lo que más preocupaba: los más escépticos seguían siendo los jóvenes, los más encarnizados disidentes del autoritarismo.

Fue una lucha contra el reloj. El 31 de agosto, cuando se cerraron los Registros, se batió un *record*: Siete millones 300 mil

Tugar, tugar, salir a postular

Partieron...

Cinco jinetes galopan y uno parece sacar ventaja: Eduardo Frei. Según la primera encuesta de "presidenciables" post-plebiscito, el ingeniero demócrata-cristiano es el favorito de la galería. Datos del Centro de Estudios Públicos, recogidos la primera quincena de diciembre, lo ubican en la delantera con las preferencias.

Atrás procura acortar distancia el presidente del PDC, Patricio Aylwin, quien

Eduardo Frei



Patricio Aylwin



Lagos y Aylwin festejan: Matthei ha reconocido la derrota

ciudadanos estaban aptos para votar.

Para mediados de setiembre, ya en plena campaña, la oposición completó la otra meta: capacitar a 60 mil apoderados para defender el voto No en las casi 23 mil mesas receptoras, dispuestas en las 451 circunscripciones electorales de las 351 comunas del país.

Simultáneamente se afinaron los consensos. Luego del Pacto del 2 de febrero, donde se convino en luchar por la democracia, se dio a conocer, en mayo, el "Compromiso Económico y Social", más conocido como las "21 medidas". En setiembre se aprobaron los "Principios Básicos de la Institucionalidad Democrática". Seis colectividades adelantaron —además— un compromiso post-plebiscito para ofrecer al país un pacto de gobierno y un programa, amén de un candidato.

• Toque de alegría

Costó convencer a los políticos de que el país estaba cansado de dramas y de dolor.

Pero los artistas e intelectuales ganaron esa pequeña batalla interna: la campaña del No buscó el acercamiento emocional con el elector. Diseñó símbolos de alegría y mostró un Chile creativo. La "Marcha de la Esperanza" puso una nota épica de la que careció la campaña oficialista.

Hasta último momento, La Moneda in-



saltó a un expectable segundo lugar de las preferencias de los consultados en Antofagasta, Valparaíso, Santiago y Concepción.

Codo a codo corren el socialista Ricardo Lagos, el oficialista Hernán Büchi y el presidente de Renovación Nacional, Sergio Onofre Jarpa.

Los demás "pingos" corren a distancia. Obtuvieron menciones el presidente del PAIS, Luis Maira, el derechista Sergio Diez, el demócratacristiano Andrés Zaldívar y el oficialista José Piñera.

Desde un punto de vista estricto, sólo hay dos candidatos en carrera: el nacio-

nalista Pablo Rodríguez Grez y el ex nacional Sergio Diez. El primero fue proclamado por el Partido del Sur y Avanzada Nacional. El segundo es promovido por grupos independientes afines a La Moneda o partidos menores. El martes 27, en el restaurante Audax Italiano, y sazonado por un plato de carne al jugo y papas mayo, Diez debutó en forma oficial. Una porción de helados completó la dieta de los adherentes.

Otro "potro" en carrera es el titular de Hacienda, Hernán Büchi. Aunque asegura que postula a nada, tampoco ha

desautorizado los esfuerzos de la tecnocracia de Palacio por promoverlo como la nueva alternativa. La complacencia de los UDI y algunos grupos que dieron el Sí lo acompañan en esta aventura.

Pese a los auspicios de la TV, el ex ministro del Trabajo, José Piñera intenta, sin éxito aparente, elevar el vuelo.

Pero no pocos creen, sin embargo, que hay un "fina sangre" a la espera de que sus contendientes se agoten: Sergio Onofre Jarpa. Este tiene, además, un mérito. No lo quieren en La Moneda, lo que a estas alturas es como una bendición, se comentó a HOY.

Andrés Zaldívar



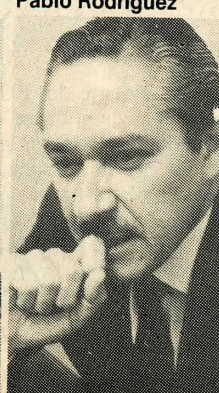
Ricardo Lagos



Sergio Diez



Pablo Rodríguez



Sergio Onofre Jarpa Hernán Büchi



30 de agosto sin sorpresa

Pinochet cenó en familia en la noche del 30 de agosto. Fue un signo inequívoco que la reunión de ese mediodía, en el Ministerio de Defensa, estaba asegurada con anticipación.

Aunque en la Plaza de la Constitución se arrojaron cinco toneladas de fuegos artificiales, la fiesta programada no fue muy concurrida.

Temprano la acción fue rápida. Los cuatro comandantes en jefe llegaron puntuales a la cita. Se encerraron en un salón recién reddecorado del Ministerio de Defensa y firmaron el acta previamente redactada. El almirante José Toribio Merino comentó el discurso de seis carillas que pronunciaría esa tarde. Y almorzaron, acompañados por el teniente general Humberto Gordon, especialmente invitado.

En la tarde, en el edificio Diego Portales, mil 500 asistentes escucharon al general (R) de la FACH, Enrique Montero Marx, cuando leyó el acta de la sesión. Luego, el almirante Merino leyó su discurso. Habló de que Chile se había transformado en la nación "más admirada" del continente.

Finalmente le tocó el turno al orador de fondo: en 25 minutos el general Pinochet agradeció la nominación, y comunicó, oficialmente su aceptación.

Desde ese mediodía, el centro de la capital estaba virtualmente tomado por opositores.



EDUARDO RAMÍREZ

Pinochet en el Ministerio de Defensa el 30 de agosto: su nominación ya estaba acordada

sistió en su desconfianza en los políticos, aun de aquellos de sus partidarios más entusiastas. Y organizó una campaña de funcionarios. Pronto quedó en evidencia que era un camino errado.

En marzo comenzó a gestarse la derrota oficialista. El quiebre de Renovación Nacional, principal apoyo político del régimen militar, se consumó en el minuto más crítico. Justo cuando las encuestas revelaban que los indecisos comenzaban a definirse, y la oposición entraba con toda

su fuerza a la pista electoral.

Fue el principio del fin de una ilusión para La Moneda.

A las 17:00 del miércoles 20 de abril, el presidente del Tribunal Supremo de RN, Walter Siebel, dispuso que el notario Andrés Rubio notificara a Jaime Guzmán, líder del sector UDI, de su expulsión de las filas partidarias.

El remezón se veía venir. Provistos de empanadas y vino tinto, casi 250 dirigentes de base de Renovación Nacional, afi-

nes a la fracción UDI, sesionaron la noche anterior en el restaurante La Ermita, de calle Catedral. Fue como una visita al "quita penas". Sabían que Guzmán sería sancionado. Pero no esperaban una medida drástica. En La Ermita se barajaron opciones para el futuro, dentro de R.N. 24 horas después se consumó el quiebre.

Fracasó la cohabitación de grupos políticos con proyectos, estilos y anhelos contrapuestos.

La oposición entra a la pelea

Eran las 13:00 del 2 de febrero cuando los jefes de los trece partidos suscriptores se congregaron en torno a una enorme mesa, en el salón Aconcagua, del hotel Tupahue. Frente a ellos tenían un ejemplar de la versión definitiva, redactada esa misma madrugada, del documento "Concertación de los Partidos Políticos por el No".

El presidente del PDC, Patricio Aylwin, hizo una breve presentación del acuerdo, y envió un mensaje al único ausente: el ex canciller Clodomiro Almeyda, a la sazón preso en Capuchinos.

Lo reemplazó el subsecretario general del PS-Almeyda, Germán Correa.

Luego, los convocados cantaron el Himno Nacional. La Izquierda Cristiana, el Mapu, la Socialdemocracia, el PS-Núñez, el Partido Radical-Luengo, la Democracia Cristiana, el PS-Almeyda, la Usopa, el Partido Radical, la

Unión Liberal-Republicana, el Padena, el Partido Humanista y el Mapu-OC se comprometieron ese mediodía a "restablecer la democracia en Chile".

Para ello, convinieron en "derrotar a la dictadura en el plebiscito" y definieron el sentido del No: un "camino constructivo, ordenado pacífico para reconstruir la democracia".

Luego de la lectura del documento, los dirigentes se confundieron en abrazos. La oposición ingresó, así, a la lucha electoral.

Ya con síntomas inequívocos de asfixia, RN había llegado en marzo a su primera elección interna. Se sumó otro factor perturbador: la indisimulada presión del Ministerio del Interior para forzar un Sí anticipado al general Pinochet, antes de su proclamación oficial por la Junta de comandantes en jefe.

RN no resistió la "terapia".

Las encuestas de marzo-abril fueron sintomáticas. La imagen de "imbatible" de Pinochet comenzó a deteriorarse. Sin embargo, el 30 de agosto, igual se impuso su candidatura.

La de ese día fue una cita formal.

El acta de acuerdo estaba ya redactada. También los discursos de proclamación del almirante José Toribio Merino y de aceptación del agraciado. Pero la calle, hasta el anochecer, fue del No. Un entusiasta "caceroleo" en Santiago y las principales ciudades del país fue el preludio de la derrota.

Faltaba, aún, otro detonante. El impacto de la oposición en la TV. Con un cálculo acertado la oposición lanzó un mensaje alegre y esperanzador. El régimen siguió aplicando una táctica conocida: el terror. Jugó con las imágenes de la violencia y, a la postre, se identificó con ella. El resultado fue lo que los expertos llaman un "efecto boomerang".

• La noche triste

A las 6:00, del miércoles 5, poco antes, poco después, sonó el despertador para los casi 60 mil apoderados de mesa del No. A las 7:00, la mayoría estaba en los lugares de votación. Pasadas las 7:20, los chilenos comenzaron a votar. Antes del mediodía, la mayoría había cumplido con ese rito: marcar su preferencia en el voto, en un insospechado ambiente de libertad.

Los observadores extranjeros quedaron estupefactos. Chile batió todo tipo de *records*: de vantes y de tranquilidad, sobre todo.

La alegría del No: a la postre pudo más que el terror



Sinsabores del capitán general

Como a las 10:00 se produjo la mayor concentración de electores en casi todos los recintos de votación de la capital. Escenas semejantes se vieron en casi todas las comunas del país. Las recomendaciones de votar temprano fueron, a la postre, seguidas al pie de la letra.

Pese a las aglomeraciones, los electores no se dejaron amilanar. Votó más del 92 por ciento de los ciudadanos con derecho a hacerlo. Todo un *record* en esta materia.

Pasadas las 16:00, se inició el recuento. A las 20, en la sede del PPD, en el hotel Galerías, la alegría había llegado. A las 22, Genaro Arriagada, conductor

técnico de la Concertación opositora, pudo informar: sobre medio millón de votos contabilizados, el Sí sumaba 189 mil, y el No 318 mil. El vocero de la Concertación, Patricio Aylwin, aseguró que los datos marcaban ya una tendencia "clara y evidente".

A esa misma hora, los dirigentes de Renovación Nacional admitían que el No estaba triunfando en casi todo el país. Pero sólo a las 2:15 del jueves 6, el subsecretario del Interior entregó cifras favorables a la oposición.

Para el general Pinochet fue su noche más amarga.

Pero no todo fue fácil.

A la 1:30 del jueves 6, los miembros de la Junta de Gobierno llegaron a La Moneda. Ya todos sabían que el No había ganado en casi todo el país. El general Fernando Matthei, previendo gestos desesperados, se había comunicado previamente, vía telefónica, con sectores políticos afines. Les pidió que facilitaran el camino. El presidente de Renovación Nacional, Sergio Onofre Jarpa, fue el primero en hacerlo. Simplemente, admitió por TV, que el No estaba ganando. Entonces Matthei dio otro paso: literalmente se acercó a los periodistas para proclamar: "Para mí está bien claro... el No ha ganado". Luego ingresó a una reunión.

Ese encuentro en el Palacio de Gobierno fue el más dramático de los últimos quince años.

El ministro secretario general de la Presidencia, brigadier Sergio Valenzuela, estratega del Sí, se desplomó. El titular del Interior, Sergio Fernández, estaba abru-

mado. Hubo llantos y recriminaciones.

Al final, se impuso el criterio de reconocer el triunfo del No. Fue paradójico que el gobierno jamás se hubiera planteado esa posibilidad. De allí el desconcierto inicial.

A las 2:15 de la madrugada, el subsecretario del Interior, Alberto Cardemil, dio la cara oficial. Entregó cifras parciales pero decisivas. El No había ganado por más de once puntos. Ese jueves, en la tarde, el general Pinochet admitió su derrota ante la T.V. Y reafirmó su voluntad de cumplir su mandato hasta el 11 de marzo de 1990.

Sólo a mediodía del jueves 6 la oposición pudo comenzar los festejos.

• Crisis del candidato

Con el triunfo del No desaparecieron los fantasmas. No hubo el caos prometido. Tras los festejos opositores, el país volvió a su rutina. Y los políticos aminoraron el tranco. Es lo que ahora inquieta a muchos sectores.

El desafío para el 89 no es fácil.

El destino de 19 partidos legales o en formación, de once colectividades *de facto* y siete "referentes" se jugará en las elecciones del 14 de diciembre. Tanto para los gobiernistas como para los opositores, parece obvio que el futuro de sus colectividades está asociado a su capacidad de apearse a la sombra de quienes sean, en definitiva, proclamados como candidatos de cada sector.

La idea es que si el proclamado es alguien afín a determinada tienda política, les proporcionará el oxígeno suficiente para sobrevivir a la exigencia de la Ley de Partidos Políticos: lograr, al menos, el cinco por ciento de los votos, en las regiones donde esté inscrito. De imponerse el actual proyecto que fija el mapa electoral, será la muerte de la mayoría de los grupos partidarios.

De allí la proliferación de candidaturas. Tras cada nombre en la pelea, hay ciertos grupos que confían en cosechar el efecto de arrastre del "pingo" en competencia, por emplear un lenguaje hípico.

Otra incógnita que persiste es la rela-

ción de los civiles con las Fuerzas Armadas. El general Pinochet está consagrado como comandante en jefe del Ejército hasta 1997, por la actual Constitución. Y aunque las FF.AA. emiten señales que presagian su autonomización progresiva del gobierno, permanecen herméticas. Es obvio que su posición frente a la transición será un dato clave.

El martes 20 de diciembre, la DC y RN iniciaron contactos oficiales para debatir una posible reforma a la Constitución. Crecientes presiones dentro de los Partidos Concertados por la Democracia buscan abrir el debate a las otras quince colectividades opositoras. Y estaba en suspenso un encuentro oficial en La Moneda —el primero allí en quince años; es el segundo, si se cuenta el “diálogo” de 1983— entre el jefe del Gabinete y la oposición. El veto al presidente del PAIS, Luis Maira impidió el encuentro.

Con todo, la agenda opositora está establecida.

Antes de 30 días debe despejar tres incógnitas: si habrá candidato único, programa de gobierno y los pactos electorales. □

¿Y ahora, a negociar?

Casi empujados por las elecciones de 1989 que se avecinan a pasos acelerados, y tras varios tanteos previos, los dirigentes de la Democracia Cristiana y de Renovación Nacional iniciaron el debate sobre las reformas a la Carta fundamental.

Buscan delimitar la posibilidad de un “consenso institucional” aunque sea mínimo, antes de los comicios presidenciales y de Congreso Nacional.

El miércoles 21, a las 11 horas, en el hotel Carrera, los contertulios definieron la línea gruesa. Para la DC, —y para la Concertación opositora— estas conversaciones deberían concluir con ciertas reformas “mínimas” que aseguren que la Constitución efectivamente lleve a la democracia. Sólo cuando este proceso esté consolidado, y en un Parlamento dotado de facultades constituyentes, se completará el remozamiento de la actual institucionalidad.

Para RN —y el gobierno— se trata de convenir esas reformas “mínimas” para dejar las aguas quietas por lo menos por una década. En suma, buscan “amononarla” para obtener su legitimación.

El miércoles 21, en su primer encuentro, los políticos se limitaron a finteear. Deliberadamente omitieron entrar en materia. Sólo auscultaron la voluntad del contendiente para avanzar en esta materia. Proponer las reformas, en cambio, será materia de los expertos.



Unidad opositora: la carta decisiva de los demócratas



Centro de cómputos del No: la electrónica impidió el fraude

Congreso: Ley asfixiante

Los signos son inquietantes. Aunque el jefe del gabinete está receptivo al debate sobre las reformas a la Constitución, no ha prestado oídos al clamor de los partidos —de gobierno y de oposición— por modificar el proyecto de ley que fijará el Mapa Electoral.

Para la mayoría de las casi 30 colectividades políticas que pululan por una cuota en el futuro Parlamento, el citado proyecto hace la diferencia entre la sobrevivencia y la disolución. Ni el 43 por ciento de los votos concitado por el oficialismo en el plebiscito, ni el 55 de la oposición bastan para proporcionar el oxígeno suficiente para tantos grupos políticos. La Ley de Partidos Políticos es drástica: quien no sume, al menos, el

cinco por ciento de los votos, pierde su existencia legal.

El proyecto de ley del sistema electoral constituye otro torpedo contra los partidos. No sólo impide los pactos electorales, sino que divide el país en 60 distritos electorales que eligen, en total, a 120 diputados. Poco para tantos aspirantes.

De ellas, las regiones extremas (I, II III, XI y XII) llevan la parte del cordeiro: eligen a cuatro diputados. La Región Metropolitana, en cambio, saboreará la presa del león: elige a 28 representantes. La elección de los senadores es diferente. Cada región elige a dos. En total serán 26 elegidos y otros diez designados.